

Problemas actuales de la historiografía alemana

Michel Leiberich

«Die Geschichte gehört vor allem dem Tätigen und Mächtigen, dem, der einen großen Kampf karnpft, der Vorbilder, Lehrer, Tröster braucht und sie unter seinen Genossen und in der Gegenwart nicht zu finden vernag»¹.

Friedrich Nietzsche
Unzeitgemäße Betrachtungen (1873-1876)

La unificación de los dos Estados alemanes que surgen de la segunda guerra mundial constituye una etapa nueva y suplementaria en lo que podría llamarse las metamorfosis de la cuestión alemana en Europa. Se puede lamentar que esta cuestión compleja y apasionante, ya que plantea a la vez el problema del lugar, de la forma y de la naturaleza de una *Alemania* dentro del espacio germanófono en Europa, se vea en la actualidad completamente aplastada en los medios de comunicación por la apisonadora de una información simplificada, muy de moda en la Comunidad Europea, que se limita a hablar de una simple *reunificación*, como punto final una injusticia cometida después de la guerra.

Esta simplificación voluntaria de la historia, que no sólo afecta a la historia alemana, sino al conjunto de la historia europea en general, tiene visiblemente como meta, el dar sistemáticamente una imagen idílica de la política y de la historia de los Estados miembros de

¹ La ciencia histórica pertenece sobre todo al que es poderoso, al que actúa, al que lucha en grandes batallas, y al que tiene necesidad de modelos, de maestros, de alentadores y no puede hallarlos entre sus contemporáneos.

dicha Comunidad y crear en la opinión pública europea una dinámica *occidental*. Así pues, los medios de comunicación consideran que está pasado de moda hablar de los períodos sombríos, y, sin embargo, numerosos, del viejo continente, períodos que conciernen ante todo a los Estados tradicionalmente dominantes de Europa occidental, es decir, Alemania, Inglaterra y Francia. De este modo, guerras coloniales, distintas formas de racismo y otros campos de concentración desaparecen sin más del discurso comunitario oficial, que poco a poco va inventando una imagen de Europa, cuna de la democracia, opuesta al Sur profundo o a otros Terceros mundos, focos de tiranía.

Por supuesto, en el fondo esto no es sino fantasma político o, quién sabe, especulación prosaica propia de ingenuos que ha de conducirlos hacia las verdes orillas de un neonacionalismo europeo. Pero por lo que se refiere a los estudios germánicos en general, nos vemos obligados a dejar constancia de que los hacedores de opiniones profesionales llegan, por razones políticas, a amputar la historia alemana de sus períodos clave, sin los que resulta imposible hacerse una imagen completa de la evolución del país en los siglos XIX y XX.

Todo ello no sería demasiado grave si el fenómeno se limitara al mundo llamado de *la información*, pero lamentablemente desborda ampliamente dichos límites y afecta por igual a campos considerados científicos como el del discurso histórico.

En efecto, la reescritura de la historia con fines a menudo turbios no es sólo una práctica de los medios de comunicación modernos, pues es moneda corriente en la historiografía en general y ha sido – y lo es aún– uno de los problemas cruciales de la historiografía alemana.

Es evidente que, por fortuna, ya pasó la época donde la falsificación histórica, llamémosla por su nombre, era un *Kavaliersdelikt*, (delito no imputable a un patriota), que quería echarle una mano a la historia para transformarla en algo más conforme a sus deseos. Hoy se plantea, por lo general, la cuestión del límite entre el discurso histórico, la imagen de la realidad, y la manipulación pura y simple. La mayoría de los historiadores se plantean cada vez con mayor rigor el problema de lo científico de la historia, problema que puede formularse de la siguiente manera: ¿qué hacer para que la historia sólo sea ciencia?

No siempre ha sido así, y algunos historiadores eminentes y venerados no lo ocultaban, ya que no pretendían escribir para la ciencia, sino ante todo para su país. Es decir, que su escritura, presentada como histórica, era ante todo educativa, *identitätsstiftend* (crea-

dora de identidad). Heinrich von Treitschke², por ejemplo, cuando se erige en el cantor del Reich de Bismarck y cuando afirma que hay que oponerse a la influencia creciente del judaísmo en Alemania, no escribe para la ciencia, sino para otras fuerzas menos encomiables que se ocultan tras el concepto de una historia nacional que se considera opuesta a una historia antinacional, la *undeutsche Geschichte*.

Hoyes de verdad sorprendente observar cómo un famoso historiador se ha rebajado a la altura de ciertos periodistas y teóricos *occidentalistas* quienes, para educar a las masas, declaran que hay que oponerse a la influencia creciente del Islam en el mundo. Pero si estos últimos ya no tienen excusa, es necesario saber que el siglo que vio la expansión del nacionalismo, el XIX, consideraba que las ciencias estaban naturalmente al servicio de esta nueva doctrina. Para Treitschke era absolutamente natural escribir, o más bien reescribir, la historia para que contribuyera a la formación de un sentimiento nacional alemán o más exactamente gran-prusiano.

De este modo, cada Estado nacional o cada nacionalismo sin Estado que, por otra parte, reacciona exactamente como si 10 tuviera, cedía con facilidad a la tentación de escribir y de hacer que su historia se escribiera en función de sus necesidades políticas y deseos. En la mayor parte de los casos dicho deseo de deformar la realidad se vio contrarrestado por la preocupación de los investigadores de conservar, por razones éticas, un cierto cientifismo en su discurso histórico. Este equilibrio puede mantenerse, por ejemplo, en un contexto particularmente democrático, o romperse del todo bajo el dominio de cualquier poder. Si se rompe, el resultado es la producción de un discurso falsificado de la historia, por ejemplo, el discurso nacionalista típico, el de los milenarios, el de los grandes personajes salvadores de pueblos, el de los monumentos pesados y el de las victorias imaginarias contra enemigos también imaginarios.

Es evidente que el Reich de Treitschke, forjado *von oben* por el hierro y la sangre, después de una guerra, bajo la forma de una Prusia grande, prescindiendo de Austria, dominado políticamente por una nobleza que miraba con obstinación hacia el pasado y por *liberales* que habían obtenido económicamente carta blanca al precio del abandono de los principios democráticos heredados de 1848, no era el terreno ideal para una historiografía científica.

Sólo es después de la guerra, durante la República de Weimar, cuando surge por vez primera el tímido propósito de objetar dicha *historiografía nacional*.

² TREITSCHKE, Heinrich von (18:H-1896), Ver: *Deutsche Geschichte im 19. Jahrhundert, 1879-1894 y Historische und politische Aufsätze, 186.5-1897*.

El mérito se debe a un círculo de historiadores agrupados en torno a Eckart Kehr que hacen un llamamiento para la consecución de una historia pluridisciplinar y con vistas al abandono del principio llamado de la *política exterior*, particularmente grato a los historiadores oficiales del II Reich, principio que reduce la historia a un juego de diplomacia y antepasados³. Ahora bien, como sabemos, esta primera experiencia de un Estado alemán democrático concluirá con el voto a favor de un hombre que promete a los alemanes construir por fin la gran Alemania y la Weltpolitik soñadas por el poder wilhelmiano. Es inútil precisar lo sucedido con las ideas de Kehr en este nuevo contexto. El discurso histórico vuelve a ser *identitätsstiftend*.

y la *Identitätsstiftend* seguirá siendo la base de la producción histórica de los dos Estados nacionales alemanes después de la guerra. También ellos, como otros Estados nacionales alemanes antes que ellos, tenían la necesidad imperiosa de crearse rápidamente un pasado creíble para anclarse en la historia, en función de la ideología dominante, o mejor dicho en las historias, pues, ¿quién puede aún saber a qué Estado nacional alemán corresponde qué historia?

1. La nueva historia social

A mediados de los años sesenta, el historiador Fritz Fischer⁴, sin combatir directamente los métodos de investigación de la historiografía tradicional, arremete contra uno de los dogmas más importantes de la guerra fría: la aparición *ex nihilo* de Adolfo Hitler.

Fischer, basándose en documentos, se atreve a presentar una tesis, aún casi tabú en la época a pesar de su evidencia, según la cual el nazismo alemán se hallaría directamente enraizado en las teorías anexionistas, antisemitas y antidemocráticas de la Alemania de Guillermo II.

Sus trabajos son oportunos, ya que en el ambiente de polémica intelectual que comienza a impregnar las universidades de la Alemania del oeste, el planteamiento es conocer la cuestión clave de la posguerra: ¿cómo una república democrática, la República de Weimar, ha podido derivar, democráticamente, en una dictadura? ¿Cómo un país industrializado y desarrollado, una sociedad adulta y civilizada, ha podido hacer real Auschwitz?

³ KEHR, Eckart. «Englandhaß und Weltpolitik», 1928. Reproducido en H.-U. WEILLER. *E. Kehr und das Primat der Innenpolitik*. Berlín, 1965.

⁴ FISCHER, Fritz. *Der Griff nach der Weltmacht*. (Las metas de guerra de la Alemania imperial.) Düsseldorf, 1964.

La respuesta de los historiadores supeditados a una imagen digna del II Reich con respecto al planteamiento de esta cuestión es tristemente insuficiente: la única respuesta es la *sorpres*a, pues resulta imposible negar los documentos presentados y deshacer la argumentación de Fischer. El mito del *paréntesis de un nazismo accidental* intercalado en un largo período irreprochable se ve, así pues, definitivamente quebrantado.

Si bien la Fischerkontroverse⁵ va a limitarse a las relaciones ideológicas entre el II y el III Reich, el propio debate, en la polémica general, irá poco a poco impregnando toda la venerable institución de la Geschichtsschreibung. La historiografía alemana se convierte, como el conjunto de la Universidad, en el blanco de las críticas de grupos contestatarios que reprochan a una y a otra su complicidad en la elaboración de una falsa historia de Alemania.

La constitución de una corriente nueva de historiadores, partidarios de lo estrictamente científico de la historia, se inscribe en la lógica contestataria de la evolución alemana de mediados de los años sesenta, pero seamos claros: sería falso querer descubrir en sus miembros⁶, muy pronto llamados *Sozialhistoriker* o *Gesellschaftshistoriker*, a iconoclastas, dispuestos a derribar el orden antiguo. Basta hoy consultar los libros de reflexión de base de la Neue Sozialgeschichte como las dos obras de H. U. Wehler acerca de las relaciones entre la historia, la sociología y la economía⁷, o las actas de los coloquios del grupo, como las de la segunda reunión de Bielefeld de los días 11 y 12 de julio de 1975⁸, para percibirse de que el grupo se limita exclusivamente a mirar hacia adelante, a plantearse cuestiones y a buscar las bases de una nueva historiografía.

Para empezar, se formulan las siguientes preguntas: ¿cómo abrir la historiografía a las experiencias de otras ciencias? ¿Hasta dónde es posible inyectar a la historia las reglas teóricas hasta ahora reservadas a la economía, las ciencias sociales, las matemáticas, o la estadística? ¿Hasta qué punto los logros teóricos de otras ciencias son pertinentes en historia? ¿Existe un peligro de sobredosis? ¿Dónde se encuentran los límites de lo científico en general? ¿Qué hacer para

⁵ Ver: SYWOTTEK, A. «Die Fischer-Kontroverse. Ein Beitrag zur Entwicklung des politisch-historischen Bewusstseins in der Bundesrepublik», en GEISS, I, y WENDT, B. J. *Deutschland in der Weltpolitik des 19. und 20. Jahrhunderts*. Düsseldorf, 1973.

⁶ WEHLER, Hans-Dieter, de Bielefeld; WINKLER, Heinrich August de Freiburg; PILLIE, Hans-Jürgen, de Münster y Bielefeld, y KOCKA, Jürgen, de Bielefeld.

⁷ Ver: WEHLER, Hans-Dieter. *Geschichte und Soziologie*. Köln, 1972, y *Geschichte und Ökonomie*. Köln, 1973.

⁸ KOCKA, Jürgen. «Theorien in der Praxis des Historikers. Einleitende Fragestellungen», en *Geschichte und Gesellschaft*. Sonderheft, 3, 1977.

evitar la inmediata esclerosis de la teoría que acaba de establecerse? ¿Es provisional el contacto con otras ciencias a la espera de desembocar en un sistema científico propio de la historia, o será preciso mantener la pluridisciplinariedad como regla de funcionamiento?

Desde el principio, la Neue Sozialgeschichte se enfrenta, por supuesto, a críticas por parte de los historiadores que se consideran, en oposición a los *Sozialhistoriker*, historiadores, sin más. Dichas críticas rara vez lo son de forma; por el contrario, incluso representantes de las corrientes clásicas como Andreas Hillgruber⁹ reconocen la necesidad de una reforma de *su* historia.

Pero hay una excepción significativa: a la nueva producción se le reprocha ser ilegible. El lector va a sentirse desorientado ante las curvas económicas, los cuadros estadísticos y las reflexiones sociológicas, inaccesibles para el lector común. La Neue Sozialgeschichte estaría elaborando una historia para historiadores, alejada del pueblo e incomprendible. Los historiadores conservadores intentan con cierto placer desconsiderar a sus colegas, rápidamente situados en el escalafón político, con razón o no, de la izquierda. La historia clásica, la de la narración siguiendo los acontecimientos, la de la biografía personalizada tenía, por lo menos, el mérito de ser entretenida, humana y accesible a todo el mundo.

Pero las verdaderas críticas se sitúan en un campo muy diferente, en el de la ideología pura y simple.

Si bien la Neue Sozialgeschichte mantiene su investigación propiamente dicha muy al margen de la controversia política e ideológica para concentrarse en la elaboración de una verdadera teoría histórica y en la aplicación práctica de los resultados obtenidos, sus adversarios responden, por su parte, con argumentos de orden político o emocional.

De hecho, los historiadores clásicos, o conservadores, o tradicionales como podría clasificarseles, constatan con disgusto que una historia multidisciplinar y científica no puede ser ya un elemento constitutivo de una identidad nacional real o imaginaria; que una historia científica rechaza automática y naturalmente el papel político que querría imponerle un poder político o intelectual.

Al situarse a sí mismo, tácitamente, fuera de un discurso científico, hecho que resulta curioso tratándose de universitarios, van organizando poco a poco una contraofensiva. Dicha ofensiva, que se desarrollará de forma paralela a las investigaciones de la Nueva historia social, no es, por otra parte, la obra de un frente único y bien

⁹ HILLGRUBER, Andreas. «Politische Geschichte in moderner Sicht», en *Historische Zeitschrift* 216. 1973. pp. 529-552.

definido, sino más bien comparable a un sordo fragor de descontento de pequeños grupos y personajes muy diversos, incluso muy diferentes, pero que están de acuerdo en un punto: la introducción sistemática del sentido crítico en historia acabaría por desembocar en una incesante contemplación masoquista de la propia historia, lo que haría imposible la reconstitución de un sentimiento nacional sano y sólido conforme a la tradición.

Así pues, hay un esfuerzo, sin poner totalmente en tela de juicio una historia científica, por reintroducir conceptos políticos que los nuevos métodos de análisis habían descartado de facto, al tiempo que les hacían concesiones en el plano de la presentación.

2. El Historikerstreit

Las razones precisas del Historikerstreit, de la disputa de los historiadores, que convulsiónó tanto a los especialistas como a la opinión pública alemana desde julio de 1986, son múltiples y complejas. No vamos a exponer aquí todas sus fases. Para ello ya disponemos de una impresionante bibliografía de obras especializadas¹⁰. Pero resulta indispensable observar este asunto, aunque sea rápidamente, si queremos comprender en qué punto se encuentra en Alemania el debate respecto a lo científico de la historia.

Sería demasiado fácil decir que las fronteras entre los dos campos opuestos que libran esta batalla se encuentran perfectamente delimitadas. Pero sí es evidente que determinados historiadores alemanes, a medida que la idea de una historiografía más científica iba abriéndose camino, y que otros frente a ellos situaban estrictamente la ciencia por encima de cualquier otra consideración, nunca pudieron soportar que la historia fuera poco a poco perdiendo su función de educadora de la nación alemana.

Para los primeros, los que soñaban con una rehabilitación moral de la historia alemana, era indispensable hallar en algún lugar, al margen de Hitler, el hilo de un hipotético período aceptable, presentable, específicamente alemán, si no democrático, de la historia alemana. Por razones políticas, no era posible aferrarse sin crítica a 1848, tanto más cuanto que dicha experiencia se había saldado con

¹⁰ Se podría empezar por la lectura de «Historikerstreit». *Die Dokumentation der Kontroverse um die Einzigartigkeit der nationalsozialistischen Judenvernichtung*. München, Piper-Verlag, 1987. Edición francesa: *De vanll'histoire*. París, Editions du Cerf, 1988. (Recopilación de artículos.) Ver también las notas bibliográficas de la obra cuya referencia se da en la nota 13.

un fracaso en distintos planos, entre otros el de la unificación alemana.

Lo ideal habría sido, pues, una rehabilitación del Reich de Bismarck, y del propio Bismarck, que en 1862 había declarado que las grandes cuestiones de la época no se resolvían con discursos o con la decisión de una mayoría, sino *a sangre y fuego*. Los historiadores opuestos a una desmoralización de la nación a causa de una inyección demasiado grande de anticuerpos científicos habían, en efecto, encontrado en Bismarck a un gran personaje a lo Nietzsche que había realizado en el pasado esas enormidades que, por el momento, era imposible realizar en el presente. Pero debido a la evidencia del carácter poco democrático de las instituciones y del funcionamiento de la pequeña Alemania, o si se prefiere de la Gran Prusia, su democratización *post mortem* era desgraciadamente casi imposible o, por lo menos, poco seria.

Así pues, era mejor optar por tapar con un púdico velo el carácter francamente reaccionario de dicho Estado e intentar despojarlo del pecado original, es decir, el de haber gestado, con retraso, el Tercer Reich.

Por esta razón fue preciso, *velis nolis*, resucitar por enésima vez el remedio milagroso que tantas pruebas había dado durante la guerra fría: marginar artificialmente la época nazi que, al ser presentada como un simple accidente, dejaba más o menos virgen el resto de la historia de Alemania.

Nos hallaríamos de nuevo frente a una *heile Welt*, a un mundo intacto y homogéneo desde 1871 a nuestros días, con una tendencia a la democratización constante desde Bismarck a Kohl, susceptible de segregar de nuevo una identidad alemana digna de este nombre, aplicable a todo el territorio llamado alemán, en caso de posible quiebra económica de la RDA.

Ahora bien, desafortunadamente para esos soñadores, uno de los descubrimientos de la Neue Sozialgeschichte es justamente la prueba irrefutable de que el nacionalsocialismo alemán había sacado todas sus fuerzas del marasmo ideológico de los períodos precedentes y que una abrumadora parte de responsabilidad incumbía al Reich de Bismarck y de Guillermo II.¹¹ Al analizar el funcionamiento y la estructura sociológica y económica de dicho Estado, los historiadores habían justamente descubierto y revelado a la opinión pública las estrechas conexiones existentes entre los sueños y las estructuras del Imperio y las pretensiones del nacionalsocialismo.

¹¹ WEHLER, Hans-Ulrich. *Das Deutsche Kaiserreich*. Göttingen, Vandenhoeck, 5., durchgesehen und bibliographisch ergantzt Auflage, 1983.

A pesar de estas evidencias, o tal vez a causa de las mismas, historiadores alemanes que se definen a menudo a sí mismos como tradicionales han intentado lanzar a lo largo de los años setenta y ochenta una serie de tesis dispuestas a poner en tela de juicio de modo abrumador todo un conjunto de logros científicos.

De nuevo designan a Adolfo Hitler como el único responsable del genocidio, al excluir de cualquier sospecha a la Administración, a la Wehrmacht, a los industriales, a la justicia y a todos los intelectuales alemanes que se habían dejado ganar por las tesis antidemocráticas.

Pero no sólo Adolfo Hitler sería el único culpable, sino que el horror que él provocó no sería más que una respuesta, en cierto modo un acto de defensa, contra otros horrores, cometidos en el mundo, sobre todo en el marco del estalinismo en la URSS.

El propio genocidio, los campos y los crematorios serían, por supuesto, actos altamente condenables, pero al fin y al cabo no serían más que simples elementos de una larga lista de horrores, fenómenos frecuentes, incluso banales, propios de los tiranos de todo el mundo. De este modo se oculta la particularidad del fenómeno alemán: la transformación de una República en una dictadura por un voto democrático a favor de un partido que había anunciado ampliamente sus colores.

Para ellos la pérdida de las provincias orientales de Alemania en beneficio de Polonia y la expulsión de sus habitantes sería el *hecho más grave* de la guerra.

Así, la explicación de todos los *infortunios* de la historia alemana se debería simplemente a la situación geopolítica de Alemania, la *Mittellage*.

Estos pocos ejemplos constituyen sólo una limitada selección de esas tesis que el lector podrá encontrar en las obras especializadas, pero en ellos podemos observar claramente que los autores no se limitan a reproducir las tesis ingenuas de los años cincuenta que vertían lágrimas de cocodrilo sobre las víctimas de los campos al afirmar que todo se debía a la locura de Adolfo Hitler. Tenemos aquí una época curiosamente puesta *entre paréntesis*, en estado de excepción, desconectada del pasado. Los promotores de dichas tesis se entregan, por otra parte, a una maniobra que intenta banalizar y excusar una época histórica, hecho que, en principio, no es tarea de un historiador.

El primero que lanzará un grito de alarma contra dichas tesis será el filósofo Jürgen Habermas en julio de 1986 con un artículo ¹² que

¹² HABERMAS, Jürgen. «Eine Art Schadensabwicklung. Apologtische Tentenzen in der deutschen Zeitgeschichtsschreibung», en *Die Zeit*, 11-7-1986.

desencadenará un debate intenso y violento entre los historiadores alemanes y, por supuesto, tratándose igualmente de un problema político, en los medios de comunicación.

Es evidente que el debate habría ganado en claridad si se hubiese conducido a la vez en el plano del método científico y en el plano político, como lo hace Wehler en su obra, sin embargo, polémica, acerca del Historikerstreit¹³. Pero no ha sido siempre así. Muy a menudo determinados autores han borrado voluntariamente el límite entre historicidad y argumentación de propaganda.

Por esta razón la opinión pública no siempre ha comprendido el fondo del problema, a pesar de que el debate entre historiadores mostrara pronto el carácter históricamente insostenible de las tesis presentadas por el campo tradicional¹⁴.

Es indudable que la prensa ha privilegiado ampliamente el aspecto político, sobre todo su parte sensacionalista, sin subrayar nunca el eje representado por el Historikerstreit que constituye la cuestión de lo científico de la historia en sí misma. Sin embargo, ese debate ha tenido el mérito de demostrar y confirmar que ese aspecto científico existe, aunque no sea perfecto, y que la manipulación del discurso histórico es hoy muchísimo más difícil que antes¹⁵.

3. Mittellage y Mitteleuropa

De entre las tesis expuestas por los partidarios de una rehabilitación de las *partes oscuras* de la historia alemana, una se ha mostrado especialmente resistente a la crítica científica: nos referimos a la que expresa que Alemania sería en cierto modo un país *maldito* a causa de su posición geopolítica central en Europa. Esta posición central, este *Mittellage*, habría provocado por sí mismo desenlaces cali-

¹³ WEILER, Hans-Ulrich. *Entsorgung der deutschen Vergangenheit. Ein polemischer Essay zum «Historikerstreit»*. Múnche, C. H. Beck, 1988.

¹⁴ Ver, por ejemplo: SCHIEDER, Wolfgang. «Der Nationalsozialismus im Fehlurteil philosophischer Geschichtsschreibung. Zur Methode von Ernst Noltes "Europäischem Bürgerkrieg"», en *Geschichte und Gesellschaft*. 1989, II dt 1.

¹⁵ Ver: ZIEBURA, Gilbert. «Die Rolle der Sozialwissenschaften in der westdeutschen Historiographie der internationalen Beziehungen», en *Geschichte und Gesellschaft*. 1990, II dt 1.

Interdisziplinarität. Praxis. Herausforderung, Ideologie. Herausgegeben von Jürgen KOCKA. Frankfurt, Suhrkamp, 1987. (Suhrkamp Taschenbuch Wissenschaft 611.) «Geschichtswissenschaft in der DDR. Band 1: Historische Entwicklung.» *Theoriediskussion und Geschichtsdidaktik*, 25/1, 1988. Band 2: «Vor- und Frühgeschichte bis neueste Geschichte», 25/11, 1990.

Herausgegeben von Alexander FISCHER und Cünlher HEYDEMANN. *Schriftenreihe der Gesellschaft für Deutschlandforschung*, Duncker und Humblot, Berlin.

ficados como *desastrosos*. El autoritarismo bismarquiano, el anexionismo wilhelminiano, las guerras, Hitler y los campos, serían tan sólo productos de una constelación *geopolítica*, de la que Alemania, al igual que sus vecinos, sería la víctima.

La geopolítica, la mafia negra de las ciencias, tiene una larga tradición en Alemania¹⁶. Muy de moda en el transcurso de la República de Weimar, se había convertido después en el instrumento de análisis más empleado en manos de los historiadores próximos a las tesis nacionalsocialistas.

Ningún método de aproximación se presta, en efecto, más a la propaganda que esta interpretación intuitiva y subjetiva de fuerzas oscuras que nacerían de la posición geográfica del país, y de su posición con respecto a la de sus vecinos. Excesivamente vinculada a tesis sospechosas como, por ejemplo, la del espacio vital, la geopolítica de preguerra desapareció en Alemania entre las ruinas del III Reich.

Hay que esperar a la época que precede inmediatamente a la *Historikerstreit* para verla resucitar en el marco del discurso histórico alemán. Los instigadores de dicha reaparición evitan, por supuesto, tener algo que ver con el período anterior.

Intentan más bien, por el contrario, relacionarse con el *boom* geopolítico que en este momento agita al llamado mundo occidental. Dicha geopolítica se presenta como algo moderno y extraordinario, pero por desgracia no es más que el clarísimo producto de un deseo de vender caro y muy rápido el mayor número posible de letra impresa.

Contrariamente al análisis histórico científico, la conclusión geopolítica posee la ventaja de tener el encanto de la varita mágica. Un hermoso mapa lleno de colores, con sus ríos, sus montañas y fronteras, unas cuantas flechas, unos vectores sugestivos y la explicación es que este o aquel país no podían reaccionar de otra manera en una situación precisa. Por decirlo de otro modo, los países serían esclavos de un determinismo indiscutible. El hecho de que se hubiese podido llegar a una conclusión diametralmente opuesta a la demostración expuesta no tiene importancia alguna, ya que el lector se siente halagado al verse introducido en los misterios del funcionamiento de la gran Historia y tanto más cuanto que se le evita una reflexión científica larga y penosa.

De este modo resulta muy fácil explicar las dos guerras mundiales por el bloqueo geopolítico al que se ve sometida Alemania por sus vecinos. El hecho de estar en el centro favorecería, pues, una agresividad de Estado absolutamente lógica y el deseo de rebelarse. Las

¹⁶ Ver: KORINMAN, Michel. *Quand l'Allemagne pensait le monde*. París, Fayard, 1990.

obras modernas evitan, por supuesto, servirse, quizá por pudor, de la noción de espacio vital. Ciertamente podríamos replicarles a los geopolíticos que Polonia y Checoslovaquia se encuentran geográficamente hablando mucho más al centro y que su historia no se parece en absoluto a la de su vecino, pero esto no tendría sentido, ya que la geopolítica sólo explica lo que antes ha decidido explicar. En este aspecto tiene que ver mucho más con el periodismo y la propaganda que con la historia.

Esta virtud de la geopolítica de poder explicar lo que sea a partir de lo que sea, es lo que ha incitado a algunos conocidos historiadores alemanes a elevarla al rango de las teorías nobles y a introducirla en el discurso histórico actual. La absorción de la RDA por la RFA no ha hecho, sino acelerar dicha tendencia.

Puesto que frente al deseo general de querer saber qué lugar ocupará el nuevo Estado entre el Rhin y el úder en el tablero europeo y qué relación mantendrá históricamente con los otros Estados alemanes que lo han precedido, con los de 1949, el de 1933, el de 1918, el de 1871 y por qué no con los de 1848, el historiador se ve azuzado por todas partes para emitir lo antes posible una opinión adecuada.

Algunos, impacientes por ser los primeros en aparecer en la escena de los historiadores que lo han comprendido todo, *chapeucean* geopolíticamente análisis ya hechos, que inmediatamente recogen con avidez los medios de comunicación y, por desgracia, numerosas obras consideradas serias.

Al caer en esta trampa, eluden, claro está, de un plumazo todos los logros científicos de una evolución de veinticinco años en el campo de la historia que tenía justamente como fin evitar este tipo de error.

Pero no es sólo la Mittellage el único engendro de la geopolítica, ya que todas estas especulaciones en torno a la nueva super-RFA favorecen al mismo tiempo una nueva entronización de otro concepto no menos impreciso e irracional, el de la Mitteleuropa. Término creado en el seno de los medios más conservadores del 11 Reich, desde finales del siglo XIX, para designar un espacio, de una extensión variable, pero que podía alcanzar dimensiones gigantescas, dominado política y económicamente por Alemania. Dicha noción había desaparecido de los estudios históricos después de la guerra, tras haber alimentado, de 1933 a 1945, orgías de triste recuerdo. Los años setenta habían visto finalmente aparecer una versión endulzada de dicha noción, sobre todo en la prensa, que pretendía hacer creer que la Mitteleuropa sólo designaba un espacio cultural que se repartían distintos Estados en torno a un conjunto impreciso bautizado *danubiano* con una alusión evidente a la vieja monarquía austrohúngara.

Pero ahora el poder económico de la nueva RFA incita a determinados historiadores a participar de los delirios de la prensa que baraja numerosas especulaciones en cuanto al papel que este Estado podría desempeñar como polo de atracción para una eventual, vaga e imprecisa *Mitteuropa*, una no menos quimérica *Ostmittleuropa*, para la misteriosa *Osteuropa* o para la sorprendente *Zwischeneuropa*. Claro que no todos los historiadores alemanes sucumben ante los dudosísimos, y sobre todo comprometidísimos, cantos de la misma vieja Lorelei que, como de costumbre, querría atraer a sus víctimas hacia los peligrosos peñones de un *identitätsbildendes europäisches Deutschlandsbild*, pero la tentación existe ¹⁷.

Sería interesante estudiar en los años venideros la reacción de los historiadores de los países directamente afectados por estas especulaciones, es decir, Polonia, Austria, Hungría, Checoslovaquia y los países bálticos. El trabajo sería ingente, pues, contrariamente a las creencias extendidas en Europa occidental, que tienden a amalgamar las historias de estos diferentes países, cada caso es particularísimo, cada país de dicha región tiene una historia absolutamente única, y, por tanto, sus relaciones con los diferentes Estados de lengua alemana hay que estudiarlas en cada caso de una forma particular y detallada.

El único denominador común, exceptuando a Austria, sería el hecho de que han pertenecido durante cuarenta y cinco años al mismo bloque político, lo que ha implicado una orientación marxista de sus historiografías. Ahora bien, observamos hoy que cada historiografía ha reaccionado de forma diferente a ese marxismo de Estado que, por otra parte, es preciso diferenciar de un marxismo que no sería más que un instrumento de análisis científico, tanto en historia como en otras disciplinas. Algunos países como la RDA han elaborado durante este período notables estudios históricos ¹⁸, justamente porque el marxismo exigía la utilización de criterios económicos en el análisis histórico, yendo de este modo en el sentido de una cientifización de la historia.

¹⁷ Creo que la obra de referencia más importante sobre la historia alemana es: WEHLER, Jans-Ulrich. *Jdeutsche Gesellschaftsgeschichte*. Band I: «1700-1815, Vom Feudalismus des Alten Reiches bis zur Defensiven Modernisierung der Heformara». 1987. Band II: «1815-1845/49, Von der Reformära bis zur industriellen und politischen Deutschen Doppelrevolution», 1897. Band III: «1849-1918, Von der "Deutschen Doppelrevolution" bis zum Ende der Ersten Weltkriegs». Band IV: «1918-1949, Vom Ende des Ersten Weltkriegs bis zur zweiten deutschen Republik». Verlag C. JI. Beck, Múnehen. Ver también la revista trimestral *Geschichte und Gesellschaft. Zeitschrift für Historische Sozialwissenschaft*, Vandenhoeek und Ruprecht.

¹⁸ ICGERS, Georg G. «Einige Aspekte neuerer Arbeiten in der DDH über die neue deutsche Geschichte», en *Geschichte und Gesellschaft*. 1988, Jleft 4.

En otros países como Rumania, esta inyección de elementos económicos en la investigación histórica era sólo pura teoría, dado que inmediatamente se convertía en inoperante a causa de la manipulación que experimentaban los resultados obtenidos en nombre de una ideología de Estado.

Es evidente que hoy los estudios históricos de dichos países, en su deseo de reestablecer el contacto con su historia premarxista, conectan también con la tradición de una historiografía claramente nacionalista. Cada país hallará también de nuevo el conflicto que en el pasado lo opuso frente a los países germanófonos, ya que los diferentes proyectos específicamente *alemanes* de una reorganización de Europa, tanto en 1914 como en 1939, incluían sistemáticamente el conjunto del territorio de esos países en un espacio dominado por Alemania.

La única cuestión que resta es la de saber si ese debate necesario y deseable entre los historiadores de los países a los que me refiero se hará en un clima científico o si, por el contrario, se recurrirá de nuevo a *modelos, maestros y alentadores*.